

LOS LIBROS Y LA CALLE

Lector@s
Colección dirigida por Graciela Batticuore

**EDGARDO
COZARINSKY**

**LOS LIBROS
Y LA CALLE**



Buenos Aires

Cozarinsky, Edgardo

Los libros y la calle / Edgardo Cozarinsky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand, 2019.

172 p.; 20 x 12 cm. - (Lector&s / Batticuore, Graciela; 8)

ISBN 978-987-4161-21-5

1. Libros. 2. Cultura Urbana. 3. Literatura. I. Título.
CDD A863

Colección Lector&s

Primera edición, Ampersand, 2019

Derechos exclusivos reservados para todo el mundo

Cavia 2985, 1 piso. (C1425CFF)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.edicionesampersand.com

© 2019 Edgardo Cozarinsky

© 2019 de la presente edición en español, Esperluette SRL,
para su sello editorial Ampersand

Edición al cuidado de Diego Erlan

Corrección: Belén Petrecolla

Diseño de colección y de tapa: Thölon Kunst

Maquetación: Silvana Ferraro

ISBN 978-987-4161-21-5

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Imprenta: Talleres Gráficos Elías Porter

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.

Déjate contar, tiempo muerto.
Germán Marín

LOS LIBROS

Como otros niños, busqué en los diccionarios, yendo de una definición a otra, el conocimiento de lo callado. En los años de mi infancia se callaba todo lo relativo a la sexualidad.

En la biblioteca de la escuela pública donde hice los años de mi primaria solo había diccionarios, tal vez rezagos de otras bibliotecas mejor surtidas, me resulta difícil pensarlos donados por exalumnos que hubiesen guardado alguna improbable gratitud por el tiempo pasado en esas aulas desvencijadas. Entre ellos destacaba el *Diccionario de la Real Academia Española*, sin duda una edición de los años inmediatos al triunfo de Franco. En sus páginas rígidamente censuradas traté de orientarme, más bien decepcionado por el poco estímulo que ofrecían las definiciones de vocablos como *vagina*, *orgasmo*, *esperma*.

Y, desde luego, *puta*. He olvidado la definición propuesta por la RAE en aquel volumen históricamente fechado. Recuerdo en cambio el refrán que ilustraba el vocablo: “Putá la madre, putá la hija, putá la manta que las cobija”. En la misma página, pocas líneas más abajo, encontré la palabra *puto*, y no he olvidado la misteriosa definición: “sujeto amoral del que abusan los libertinos”.

Años más tarde, cuando la cité ante Osvaldo Lamborghini, no en vano gran lector de Wilde, el autor de *El fiord* propuso una variante: “sujeto amoral que abusa de los libertinos”.

No había muchos libros en mi casa. Los que había estaban claramente divididos entre las lecturas de mi madre y las de mi padre, distinción que el hijo aceptaba sin plantearse la implícita división de territorios entre lo femenino y lo masculino.

Mi madre era devota de Stefan Zweig, en esos humildes volúmenes de la editorial Tor, endebles tapas de colores llamativos, ilustradas con tacaña imaginación. Mi padre leía los pesados volúmenes de Upton Sinclair que editaba Claridad, rígidas tapas de cartón. Eran libros que no me estaban vedados, nunca me impidieron el acceso a ninguna lectura que cruzase mi camino, pero incursioné en ellos someramente, con curiosidad insatisfecha.

Intento imaginar qué buscaban mis padres en esas lecturas. A mi madre no le importaba la *Mitteleuropa* que años más tarde iba a alimentar mi mundo imaginario. Entre sus lecturas no estaba *El mundo de ayer*. Su Zweig era otro. Pienso que en *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, en *Amok* o en *La piedad peligrosa* hallaba un nivel de turgencia emotiva más respetable que el provisto por las radionovelas de la tarde. A mi padre, en cambio, la serie de ficciones cuyo protagonista

es Lanny Budd le permitían asomarse a una simpática trastienda, entre documento y chisme, de la historia de la primera mitad del siglo xx, una historia cuyo eje eran los Estados Unidos y su culminación en el New Deal y el progresismo rooseveltiano. No creo que llegase a discernir la demagogia de esas ficciones fáciles; en todo caso, de percibirla no parecía molestarle.

Hoy trato de entender qué era lo que me dejaba indiferente en esas novelas. Las pasiones contrariadas de los personajes femeninos de Zweig no me interpelaban. Pasarían años antes de que ingresase, respetuoso, en *Madame Bovary*, a una edad en que la autoridad de lo literario lograría hacerme interesar en su patético personaje. En la saga de Sinclair, creo, percibí intuitivamente el artificio del personaje anodino que se codeaba con altas esferas del poder e intervenía de manera improbable en acontecimientos históricos.

(Escribo esto y me pregunto si no estoy proyectando sobre el lector de diez u once años el escepticismo, la desconfianza adquirida en años posteriores).

De mi interpretación más que de mi recuerdo, veo surgir a través de la lectura una distancia, la que marcó la relación con mis padres, el largo repliegue sobre mí mismo (¿sufrido?, ¿elegido? muy temprano). Por momentos intentaría quebrarlo. En otros, lo aceptaría mansamente, como una fatalidad.

El mono relojero, Misia Pepa, la familia Conejola... Compartí parte de mi primera infancia con los personajes antropomórficos de Constancio C. Vigil. No me dejaron un recuerdo imperecedero.

Recuerdo en cambio la ira que esos volúmenes ilustrados despertaron en mi tío Bernardo. Debo aclarar que el tío Bernardo, hermano de mi padre, era comunista, y llegó a una posición importante en la sección mendocina del Partido. Médico, instalado en San Rafael, era el menor de diez hermanos, uno de los cinco que habían elegido Cuyo. Los que permanecieron en Entre Ríos, así como mi padre, que ingresó en la Armada, eran de temperamento más bien conservador sin llegar a ser de derecha. (Mi padre, por ejemplo, votaba al Partido Socialista, admiraba a Juan B. Justo, seguía a Américo Ghioldi). Los “cinco mendocinos”, como él los llamaba, simpatizaban con el Partido Comunista, aunque no todos se habían afiliado a él. “Mala influencia chilena”, dictaminaba mi padre.

“¿Cómo dejás que el chico lea esos libros de un autor reaccionario, publicados nada menos que por la editorial Atlántida?”, oí que el tío Bernardo, de visita en Buenos Aires, reprochaba a mi padre. Al día siguiente, apareció

por casa con una pequeña estantería de madera clara: la colección completa de cuentos para niños de Monteiro Lobato, editorial Americalee. Ni el reproche ni el regalo hicieron mella en la coriácea indiferencia paterna.

A mí, en cambio, esos cuentos me descubrieron un territorio de exotismo fascinante. Naricita, el Vizconde de la Mazorca, la negra Anastasia, sobre todo el Sací regalaron una primera imagen del Brasil, peripecias inesperadas, exaltantes, ajenas a la imaginación estreñida de Vigil.

El Sací muy pronto se convirtió en mi amigo imaginario. Era mulato, tenía una sola pierna y agujeros en las palmas de las manos, fumaba pipa y su gorra mágica de color rojo le permitía aparecer o desaparecer cuando deseaba, jugándoles bromas pesadas, como las que yo era demasiado tímido para intentar, a adultos insoportables. Poseer una gorra roja como la suya pasó a ser mi inalcanzable deseo.

Años más tarde me enteré de que una devoción católica inspiraba las historias anodinas de Vigil. También de que Lobato había conocido la prisión, considerado subversivo por el Estado Novo, y en sus últimos años se había acercado al Partido Comunista brasileño. Proyecté estas informaciones sobre el amago de conflicto familiar de mi infancia. Lo iluminaron con inédito sentido.

Iba a contarle esta anécdota a mi amiga Anabel durante mis años de París. Entendió que le confirmaba algo sobre mi carácter. “Ahora te entiendo. Eres el hijo morганático de Monteiro Lobato y Constancio C. Vigil”.

Una curiosidad morbosa, incipiente pero firme, me hacía esperar, fiel, la segunda edición de *La Razón*, periódico vespertino cuya primera entrega, la Quinta, llegaba a los quioscos a las seis de la tarde. La Sexta lo hacía a las nueve, estaba por lo tanto asociada a mi temprano culto de la noche, a sus misterios y promesas, al reino de lo prohibido.

(Esta proliferación de periodismo impreso corresponde no solo a años muy anteriores a internet. A principios de los años 50 del siglo pasado, la televisión aún estaba lejos de proveer información inmediata de la actualidad política o delictiva. Había nacido tímidamente, con un solo canal en blanco y negro, pocas horas diarias, lejos de la metástasis futura. En casa, el primer espectáculo visto en televisión fueron los multitudinarios funerales de Eva Perón. Lo recuerdo como un anticipo de algo que los años me iban a confirmar: el arraigo pulsional de la necrofilia argentina).

Lo que distinguía a la Sexta de la Quinta era el espacio generoso que dedicaba a las noticias policiales. Velado por un rígido código de eufemismos –“mujer de vida liviana” por libre sexualmente, “amoral” por homosexual, “incalificable atropello” por violación–, un amplio espectro

de mala vida con atisbos de varias disidencias se desplegaba, novelesco, peligroso y por lo tanto atractivo, ante el lector impaciente por dejar atrás la infancia.

Recuerdo que una noche leí en la Sexta que la policía había incautado no sé cuántos “ravioles” de cocaína en una *boîte* –palabra que exhuma todo un contexto de vida social caduca– de Olivos. Le pregunté a mi padre qué era la cocaína. Hoy me resulta admirable su inesperada ausencia de asombro, mucho menos de indignación, ante la mención de la droga por un hijo aún niño. La respuesta llegó sin énfasis alguno: “Es algo que toman los músicos de tango para poder tocar hasta tarde”.

Iban a pasar unos diez años antes de que el joven que había sido aquel niño conociera a Silvina Ocampo y cultivaran una amistad hecha de humor, de escarceos de seducción, de imprevistos. Uno de estos fue descubrir que Silvina lamentaba la extinción de la Sexta, cuyas crónicas policiales había esperado con impaciencia. Al releer hoy algunos de sus cuentos donde lo monstruoso irrumpe en lo cotidiano, y es narrado con tono impávido, no puedo evitar la sospecha de que ciertas tramas, ciertos episodios derivaron de aquellas crónicas. Silvina admiraba sobre todo el cultivo de la elipsis entre título y volanta. Dox un ejemplo, sin duda mal recordado. Título: “Trifulca en un cumpleaños”. Volanta: “El cuñado se negó a descorchar la sidra. Un muerto, tres heridos”.